

La carta

Luis Miguel González Cruz

PERSONAJES

MIGUEL.

FELISA.

MARÍA.

GUARDIA.

CURA.

Hay ruidos en la calle. MIGUEL-ULPIANO está sentado en un sillón, apenas puede moverse. Está viejo y enfermo. O quizás lo viejo y lo enfermo es sólo una misma cosa. El ruido es espantoso: el chillido de un animal, un perro, pero más parece un lobo. O un loco. Los ruidos desvelan a MIGUEL y lo despiertan de un pesado sueño.

(Entra FELISA.)

MIGUEL.- ¿Qué es ese ruido ?

FELISA.- Un perro... Han acorralado a un perro rabioso.

MIGUEL.- ¿Qué hacen con él?

FELISA.- Lo apalean. La gente está como loca, lo apuñalan, lo apedrean y lo fustigan. Lo cuelgan bajo un árbol en mitad de la calle. Lo cuelgan del propio collar, pero no muere, se retuerce lleno de rabia y aúlla. Brama. A pesar de la soga que le oprime el cuello, ruge. No muere.

(Entra MARÍA. Cierra las ventanas.)

MARÍA.- ¡Felisa! Deja de decir tonterías y vuelve al trabajo.

FELISA.- El señor... me preguntó.

MARÍA.- Muy bien... Pues ya está todo dicho.

MIGUEL.- ¿Mordió a alguien?

FELISA.- Aún no se sabe. Eso tarda en saberse. Veintiún días.

MARÍA.- ¡Felisa!

FELISA.- ¡Es verdad señora! Hasta los veintiún días no se notan los síntomas. Hasta que no pase por el río o vea su rostro reflejado en un pozo...

MARÍA.- ¡Vuelve a tu trabajo!

FELISA.- Está bien, señora.

(FELISA sale, pero en la puerta se detiene y se vuelve a MARÍA.)

FELISA.- Señora, ha llegado una carta.

MIGUEL.- ¿Una carta?

(MARÍA se acerca a FELISA y esta le tiende una carta. MARÍA le da vueltas y observa.)

MIGUEL.- ¿De quién es?

MARÍA.- Es de Madrid.

MIGUEL.- ¿Para quién es?

(MARÍA enseña la carta a la luz. Silencio.)

MARÍA.- Es para ti.

(MARÍA se acerca a MIGUEL y le da el sobre. Se miran. FELISA los vigila. MARÍA se enfada con FELISA.)

MARÍA.- ¡No te quedes ahí parada! ¡Muévete!

(MIGUEL abre la carta con mano temblorosa y lee en silencio.)

¿Qué hay en la carta?

(Se le devuelve el puesto de jefe de correos.)

(Viene el CURA: hipocresía. Sólo lo hizo por salvar vidas.)

(Viene el GUARDIA civil: Era una guerra. Sólo cumplía órdenes. No se arrepiente. Felicita al cartero.)

MIGUEL.- El correo vuelve a ser inviolable. ¿Lo entiende? Inviolable. No se va a volver a abrir ninguna carta. Ninguna carta.

GUARDIA.- Sólo en caso de guerra.

MIGUEL.- ¿Acaso no seguimos en guerra? ¿Acaso desea usted que esta guerra no acabe nunca?

GUARDIA.- Esta guerra acabó hace dos años.

MIGUEL.- ¿Está usted seguro?

MIGUEL.- (Al CURA.) Dentro de veinte días un hombre de este pueblo sentirá un odio atroz al agua. Reflejado en el río verá el rostro de un perro, el perro que le mordió ayer. Ese perro que cuelga de un árbol en la calle. Echará espuma por la boca. Estará rabioso. Y morirá. Todo el mundo lo esquizará y terminará encerrándolo en una habitación como si fuese una fiera. Morirá entre terribles dolores y gritos. Poco antes le tocará trabajar a usted. Tendrá que darle la

extrema unción, y tendrá que rezar por él. Tendrá que sentir lástima de él. Tendrá que sentir compasión. ¿Cree usted que podrá hacerlo? Es su oficio. ¿Cree usted que podrá desempeñar bien su oficio? Después tendrá que darle a besar su anillo. Y él lo hará, lo hará venciendo unas terribles ganas por morder su mano. Le besará... besará su mano o... quizás no lo haga. Es su oficio. ¿Cree usted que podrá hacerlo? Si lo hace tendrá la conciencia tranquila. Como yo. Como yo la tengo.

FIN